

Francisco A. Encina

## Portales

(Respuesta a don Ricardo Dávila Silva)

En uno de los artículos de divulgación filosófica que publiqué en «La Nación», decía que ningún autor de alguna profundidad de pensamiento puede ser fielmente comprendido por otro pensador; y explicando el hecho añadía que era la consecuencia ineludible de la diferenciación mental.

Todo el que haya seguido las observaciones recogidas por la psicología genética sabe que, a medida que el hombre avanza en la escala del desarrollo mental, los cerebros se diferencian más y más, y la comprensión directa de mente a mente se torna más y más difícil; pero que paralelamente, otro fenómeno cobra vuelo, y el entendimiento entre los individuos se realiza por medio de la poderosa sugestión que constituye la urdiembre del alma colectiva y de las sugestiones parciales de toda índole. Mientras el desarrollo mental tiende a alejar intelectualmente a los hombres, la sugestión los aproxima. Como en el hermoso símbolo de Pedro Prado, el vuelo separa a los pájaros hundidos en la noche, y el canto los mantiene unidos (1).

Lo que ocurre en la vida social en su más amplio sentido, ocurre también en su fase intelectual. Las modalidades de nuestra estructura mental sólo nos permiten formarnos una imagen

---

(1) Los pájaros errantes.

infidel del pensamiento extraño. La penetración directa de mente a mente constituye un caso anormal de intuición. El verdadero vehículo del contacto intelectual es la sugestión: la sugestión que viene del pasado en forma de ideas, de sentimientos, de gustos, etc. hereditarios; la sugestión presente, o sea la forma y el ritmo que la raza, el medio y los demás factores sociológicos imprimen al pensamiento de un pueblo; la sugestión de escuelas que emana de una raíz común; la influencia directa de escritor a escritor; etc., etc.

En tiempos normales estas sugestiones tienen cierta estabilidad. El crítico sólo necesita embarcarse en ellas y dejarse conducir a puerto, a menos que se trate de semilocos, de excéntricos o de videntes.

De tiempo en tiempo, suelen aflorar corrientes nuevas, el culteranismo, el cartesianismo, el cantismo, el romanticismo, el naturalismo, que interrumpen el suave cabrilleo del agua del lago. El crítico necesita, entonces, remar, y aun así no siempre logra evitar los arrecifes. Pero en el correr de los siglos suelen formarse, no ya corrientes fuertes de dirección fija, sino huracanes ideológicos. El vendaval destroza en jirones la sugestión que viene del pasado. Las nuevas corrientes chocan entre sí y forman remolinos que se tragan lo que se les aproxima. El crítico, sin bajel, queda abandonado a la sagacidad de su instinto y a la fuerza de sus brazos.

Al señor Dávila le cupo iniciar su magisterio en tiempos ya agitados por los síntomas precursores de la tormenta; y concluir-la en medio de un torbellino en que danzan revueltos los jirones de lo que fué y los asomos informes de lo que aspira a ser. El sentido común, el instinto y el sentimiento se han lanzado, como jauría enfurecida, contra la razón. Los valores recibidos han volado en astillas, y valores nuevos se disputan la herencia a mojicones y puntapiés. El concepto clásico de la historia se desplomó desde los cimientos: lo que ayer parecía realidad se mira hoy como burda superchería tejida por la anquilosis mental que

origina el polvo de los archivos y por las deformaciones cerebrales que determina el oficio de intelectual. El fondo místico del suceder irrumpe incontenible desde el primoroso ataúd que le había labrado el raciocinio, y la vida rompió, con una simple trepidación de sus entrañas, las redomitas en que los filósofos y los sociólogos habían creído encerrarla. Los que vibramos al compás de este demonium nos estrellamos unos contra otros. Todos parecen sugestionar a todos y nadie parece sugestionar a nadie. Las sugestionaciones asoman y se desvanecen como relámpagos. Quien se embarque en ellas se expone a caer desde las nubes al fondo de un abismo y quien se encierra en su yo, se condena a no ver ni a comprender nada de lo que pasa.

Ya antes un ligero exceso de poder mental sobre lo conocido tornó a Leibnitz en esfinge que el pensamiento actual empieza a descifrar penosamente; una defensa heroica contra la deformación intelectual hizo de Goethe un enigma en el cual se han estrellado todos los psicólogos; y bastó que la visión integral de la vida anidara en Balzac, para cegar la admirable vista de un Sainte-Beuve. Y si en tiempos tan bonancibles con relación a los nuestros bastó que un carnero rebalsara la talla conocida y que otros dos se separaran de la senda trillada para aniquilar la comprensión intelectual de su época ¿no sería un milagro psicológico que la crítica lograra comprender algo en esta zarabanda en que todo el rebaño, enloquecido, se lanza por atajos y precipicios?

Si a la dificultad que deriva de la causa apuntada, se añade el hábito, muy español, de discurrir sobre problemas que jamás se han meditado, la incomprensión toma caracteres morbosos.

Es lo que le ha ocurrido al señor Dávila Silva con el contenido de Portales. Atinado, prudente y sagaz en las observaciones de índole literaria, yerra en las de índole sociológica en una medida de que no recuerdo otro ejemplo. Tergiversa de tal modo las ideas, que se siente la tentación de creer que persigue una finalidad preconcebida. Sin embargo, leyendo atentamente su crítica, se advierte que la incomprensión deriva de causas ajenas a

su voluntad; que es la resultante incluíble de su estructura mental y de su desgraciada decisión de encarar problemas que parecen avenirse mal con sus disposiciones naturales. El señor Dávila es un crítico literario inteligente, ilustrado y justiciero. Los errores que se le reprochan en este terreno han sido el fruto de su nerviosidad y del exclusivismo algo excesivo de su gusto estético. Pero es demasiado extraño a la filosofía y a las ciencias sociales para que pueda siquiera formarse conciencia de las intuiciones sobre nuestro desarrollo histórico con que está tejido Portales. Como lo dije en el prólogo, su inteligencia requiere cierta profundidad de espíritu, fuerte sentido de la realidad, ausencia de prejuicios; y por sobre todas las cosas, liberación de la esclavitud libresca. La literatura filosófica y sociológica corriente, lejos de ayudar, estorba.

Es imposible imaginar una mentalidad más distante de estas exigencias que la del señor Dávila. Pertenece al grupo, antes numeroso, de los que se llamaba hombres de principios. La urdiembre de su estructura cerebral está formada por cierto número de postulados estéticos, políticos, sociales, científicos o filosóficos. La libertad es el fin de la actividad política; de ella sólo pueden resultar bienes, así se la trasplante de Inglaterra al Afganistán o de Francia a Haití o a Santo Domingo. La razón gobierna los pueblos y los hará cada día más sensatos y más felices. La sociedad está regida por leyes que los grandes sociólogos han descubierto. Basta conocerlas para gobernar bien y llegar con la nave a puerto.

Estos postulados, como en todos los escritores de su corte mental, no son la resultante de la elaboración de la realidad. No son adquisiciones alcanzadas después de vencer obstáculos y desvanecer dudas. Son el resultado fatal e incluíble de la simpatía entre la estructura psíquica y las sugerencias librescas que presidieron la formación intelectual. Encajan en el cerebro como las piezas de una máquina; son la psiquis misma. Los acontecimientos podrán quebrantarlos, como ocurrió en el caso de Matta Vial;

pero nada ni nadie logrará hacer germinar algo en su reemplazo. Todavía, se trata de una psiquis refractaria a la ataraxia. A medida que la vida avanza y la experiencia se ensancha, en los espíritus realistas la visión se amplía, la fe se debilita y una gran indulgencia para los hombres, los acontecimientos y las teorías se enseñorea del pensador. Aun entre los mismos doctrinarios suele ceder la estructura. Enrique Matta Vial, tal vez el cerebro de este corte mejor dotado que me ha cabido en suerte tratar, llevó el análisis del concepto de libertad hasta perder de vista la barrera en que se detuvo Stuart Mill; y al convencerse de su irrealdad como agente sociológico activo, cayó en una ataraxia perfecta, y buscó en la historia un refugio a su actividad intelectual. El señor Dávila ha llegado a los sesenta años con una juventud ideológica envidiable, que hace recordar el milagro de De Calonne, el célebre ministro de Luis XVI. Bondadoso e indulgente con los hombres, lo que contraría el más insignificante de sus postulados, lo exalta; el que se acerca a Spencer, a Fouillée o a otro de sus ídolos sin quitarse antes las sandalias y doblar reverente la cerviz, incurre en excomunión mayor.

Sólo ha visto la vida a través de esos postulados. Ni los hombres ni los sucesos han penetrado jamás directamente en su psiquis.

Admirable estructura mental y moral para formar un buen ciudadano, un amigo de espíritu elevado y noble, y aun un símbolo político semejante a don Manuel Antonio Matta o a don José Victorino Lastarria, si la vocación le hubiera guiado por el sendero de sus disposiciones. Pero también, admirable estructura para hacer fracasar al crítico, cuya misión debe empezar por comprender; y para hacer imposible una polémica fructífera sobre un trozo de realidad histórica.

Para que una polémica sea útil es necesario que los contendores tengan conciencia común de la materia que van a discutir; y en este caso, no sólo no existe esta conciencia, sino que tampoco hay la posibilidad de que se produzca. Pero colocado por el

giro que el señor Dávila ha dado a sus últimos artículos en la alternativa de pasar por desdeñoso y descortés, o de discutir con un escritor que no se ha formado idea siquiera aproximada del fondo del libro, muy a mi pesar, tengo que optar por el segundo término del dilema.

No discutamos la verdad ni juzguemos del valor de las posiciones. Digamos de ellas lo que Hoffding de los sistemas filosóficos: «La experiencia muestra que en la filosofía las opiniones controvertidas tienen idéntico valor». Pero, ¿será siquiera posible una polémica trabada desde dos rings tan distantes? Por mi parte, como deferencia al antiguo condiscípulo, tocaré algunos puntos, con la certidumbre anticipada de que no nos oiremos las voces ni nos percibiremos los gestos.

\* \* \*

El señor Dávila divisa en *Portales* una formidable armazón filosófico-política; y rastreando su filiación, cree encontrarla en una mezcla del bergsonismo con el spenglerismo. No sientan mal en el literato los lapsus filosóficos; y sólo por temor a los escrúpulos que pueda sentir mi querido amigo don Pedro León Loyola rectifico el juicio, reconociendo que tanto el señor Dávila como otros distinguidos escritores han tenido justo motivo de error. Ajenos a la filosofía, no han podido percibir las hondas divergencias de fondo entre las reflexiones que salpican a *Portales* y los postulados de Bergson. Se han engañado con las palabras devenir, impulso vital, evolución de la vida y otras que Ignacio Zenteno Gana usaba, al desarrollar la intuición de Heráclito en un sentido bastante diferente del neoplatonismo alejandrino del célebre filósofo francés, algunos años antes de que éste naciera.

Pero vamos al fondo de la divergencia. En *Portales* yo he creído coger un trozo de vida pasada, bastante ilógico y rebelde a todo sistema político o social. Me he esforzado, después de

publicado el libro, en encuadrar este trozo en algunos de los sistemas conocidos, y me he convencido de que no cabe ni en el individualismo, ni en el socialismo, ni en el derechismo, ni en el izquierdismo ni en ninguno de los ismos que conozco desde la antigüedad hasta nuestros días. Precisamente fué la documentación de la historia americana la que dió el golpe de gracia a las sabias enseñanzas sociológicas de don Juan Enrique Lagarrigue y de don Valentín Letelier. También después de publicado el libro he perdido algunos ratos en inferir de él un nuevo credo político, como desea el señor Dávila, sin lograrlo. Como lo digo en un epígrafe, hacia 1906, cuando ya había vuelto las espaldas a la historia, pensando en la cuestión social, se me ocurrió que, tal vez, algunos regímenes políticos análogos al portaliano podrían permitir a ciertos pueblos bien constituídos racialmente, sortear el período agudo. Fué un presentimiento personal que surgió a impulso de sugerencias que nada tienen que ver con el libro, que ya estaba escrito.

¿Por qué, entonces, los fascistas lo han enarbolado como arma de combate? Por la misma razón que los liberales lo han creído su rehabilitación; los socialistas, su avanzada; los castellano-vascos, su venganza póstuma; y Chile nuevo, el epitafio de su matrimonio con el poder. *Portales* es un jirón de la vida cogido vivo, según me decía Rodó. Su interés no deriva del estilo, que es mediano y poco agradable. Tampoco deriva del tema. Nuestros historiadores, y entre ellos Sotomayor Valdés, gran estilista, no lograron animarlo, porque mataron la vida del pasado al hincar en él el presente. Si niños, mujeres, ancianos, ignorantes y sabios han leído con avidez a *Portales*; si cada ejemplar ha circulado por seis y siete manos en pocos meses, es por el mismo motivo que se leen los períodos desmañados de Balzac y las truhanerías de Casanova: porque en sus páginas palpita la vida tal cual fué en realidad. Ahora bien, todo credo político y social ve la vida del color del cristal con que la mira. Basta presentársela para que la sienta suya.

¿Por qué la obra parece actual? Nunca, tal vez, se escribió un libro con menos miras al presente. Es hijo del capricho de un sibarita, de un egoísta intelectual, si lo preferís, que, importándole un bledo la gloria literaria, piensa por pensar; y que, a raíz de una discusión con Barros Arana, se propuso ensayar si era o no posible reconstituir el pasado como fué. Escogió a Portales entre los tres trozos de historia mundial y los cinco de la historia americana que le habían interesado, porque lo creyó el más corto. Pero el fondo de la vida es perdurable: el libro que logra captarlo es siempre actual. *Portales* parece vivo y actual—lo repito—por lo mismo que nos parecen actuales las figuras y los relatos de Casanova. Cuando el autor, en vez de destrozarla con los alfilerazos de sus ideas y sentimientos, la coge con red, como el entomólogo la mariposa, y no la diseca a continuación en la formalina intelectual vasca, la vida se reanima delante de los ojos del lector y cada uno la viste con el ropaje de sus propios recuerdos y de su propia imaginación.

\* \* \*

Tanto don Domingo Amunátegui como el señor Dávila creen divisar un retoño spengleriano en «Portales».

El gobierno del señor Ibáñez gestionó la venida de Spengler a Chile, ofreciéndole una remuneración tentadora para el intelectual europeo, casi siempre atento a asegurar el pan de la senectud. El orgulloso filósofo contestó que la remuneración era cosa secundaria; que a él sólo le interesaba la comprensión; que si en Chile el pensamiento científico hubiera llegado al grado de desarrollo necesario para entenderlo, habría venido, sin preocuparse de lo que se le pagara; pero sentía tener que decir que el intelectual chileno no estaba aún capacitado para digerir alimento tan fuerte como el contenido de «La Decadencia de Occidente».

La agudeza psicológica de los señores Amunátegui y Dá-



vila, se ha encargado de vengarnos de la desdeñosa altanería del teutón, haciéndole saber que en Chile hay intelectuales, no sólo capaces de entenderlo, sino también de imitarlo. Los lectores me perdonarán la digresión en gracia del honor que hace a la agudeza crítica de ambos escritores. Aunque parezca inverosímil, hasta 1933, no había leído a Spengler. A mediados del año, aprovechando una reclusión forzada, cumplí mi deseo de compaginar los capítulos de *Portales* y de enlazarlos con los acontecimientos históricos, sirviéndome de las notas que había tomado 28 años atrás. Como las repeticiones resultaran frecuentes, mi sobrino don Jorge Pinochet tuvo la bondad de revisar los originales, a fin de suprimirlas. Poco después de iniciar la tarea, me advirtió que muchas páginas del libro se aproximaban demasiado a Spengler, y me insinuó la conveniencia de que yo lo leyera, bien fuera para rehacerlas en otra forma o para sustituirlas por citas. Al día siguiente me traía una pésima traducción española con un prólogo de Ortega y Gasset. No era ya tiempo, ni tenía voluntad, de rehacer nada. Di un rápido vistazo a *La Decadencia de Occidente*, más adivinando que imponiéndome de su contenido. Rayé en «Portales» las semejanzas más pronunciadas, y puse como epígrafe una media docena de pensamientos de Spengler, en substitución de otros equivalentes de Leibnitz, de Nietzsche, de Comte y de Ward.

Ya desembarazado de la impresión de «Portales», leí con calma al filósofo alemán. El fondo del suceder histórico chileno no justifica rigurosamente el marco en que encuadró el devenir histórico, confirmando mi idea de que la historia rebalsa todos los moldes preconcebidos en que se pretenda encerrarla. Pero, en cambio, pude ratificar la exactitud de algunas curiosas concordanancias que ya había advertido en la ojeada preliminar.

La primera es tan vulgar que casi resulta ridícula anotarla. El fondo de pensamiento en que están envueltos (sin informarlos) el modesto trozo de historia chilena y la trascendente hipótesis de Spengler reflejan, por momentos, una raíz común. No se ne-

cesita vista de águila para descubrirla. Leibnitz fué el único pensador que logró interesarme en la época ya lejana de mi formación intelectual. Su sistema no me impresionó más que los de Descartes, Spinoza y Hobbes; pero su pensamiento, en vez de chocar con mis percepciones directas de la realidad, a veces las iluminaba y otras lanzaba mi propio pensamiento, como pelota, en una serie de interminables botes y rebotes. Opúsculos hubo—y no de los más voluminosos—cuya lectura no concluí en dos años. Cada página me aplastaba con una avalancha de ideas; necesitaba ordenarlas y aun escribirlas para no ahogarme.

Fué, precisamente, esta influencia, la que me indujo a defenderme de la anquilosis que acaba encerrando al intelectual en una cáscara de nuez. Spengler cree debe a Nietzsche los problemas y a Goethe el método. Alguien dijo de Goethe que sobrevivía por sus pensamientos; pero olvidó añadir que esos pensamientos nacieron del matrimonio de Fausto y de Elena. Si Goethe no hubiera hundido sus brazos hasta los codos en el rico venero leibnitziano, inerte en el mundo de las ideas, los graciosos presentes que recibió del mundo de las formas serían hoy desperdicios de oropel oxidados por la humedad del tiempo. Sin los prolongados zabullones de Spengler en los raudales leibnitzianos, tal vez, no se habría escrito «La Decadencia de Occidente».

No quiero discutir originalidades. En el mundo del pensamiento la palabra originalidad es una de las mil tonterías consagradas por la repetición. Nada es de nadie, y todo pertenece, transitoriamente, al que logra verlo más hondo y expresarlo con más fuerza o con más gracia en un momento dado. Refiero una coincidencia.

En cambio, la segunda coincidencia es uno de los fenómenos más sugerentes que me ha cabido en lote registrar en mi vida intelectual. Está de más decir, que, hacia 1908, Spengler ignoraba la existencia de Portales; y que su imagen del genio político creador es una visión genuinamente intuitiva. Pues bien,

esta visión calza, en una medida asombrosa, con Portales real, con el Portales que exhumé entre 1902 y 1906 de la montaña de prejuicios ideológicos políticos y pasionales en que lo habían sepultado Lastarria, Vicuña Mackenna, Barros Grez y Sotomayor Valdés. Pero hay dos hechos aun más curiosos. No hay en la historia un solo genio político que calce con la representación spengleriana en la medida que Portales; pero superponiendo todos los grandes genios políticos que es posible reconstituir con alguna aproximación, según el procedimiento de Galton, y extrayendo sólo el fondo común, la imagen que resulta coincide rigurosamente con la intuición de Spengler y con la realidad de Portales.

Otro fenómeno interesante es el de la sugestión místico política que engendró Portales. La vi un buen día que ordenaba documentos para la historia de la administración Bulnes. Don Diego me decía que él nada veía; pero que su padre, que don Antonio Vergara, que don Fernando Urizar y que todos los portalianos que alcanzó a conocer, sentían algo muy parecido a lo que yo describía, a pesar de ser personas cuerdas y de estar Portales ya casi borrado del recuerdo. Don Isidoro Errázuriz, según me aseguró don Samuel Ossa Borne, dijo en una ocasión que era menester ser un perfecto idiota para no percibir la influencia político-religiosa que arranca de Portales. En 1891, cuando recogí los juicios políticos del gran orador, no se tocó este punto; pero después lo encontré, asomando de paso, en uno de sus escritos.

En este terreno, Spengler no ha aportado novedad. Se trata de un fenómeno corriente, conocido y manoseado desde antiguo. La única novedad está en la impotencia del intelectual chileno para percibirlo. ¿Será que el cerebro español tiene algunas regiones menos—especie de limitación, dice Fouillée—que el de los demás pueblos europeos? ¿Serán nuestros antepasados franceses, italianos o ingleses los que han permitido a Edwards y a mí percibirlos? Pero ¿y don Isidoro Errázuriz? ¿O será que la reunión de los oficios de investigador y de historiador mata la

verdad histórica, con la anquilosis cerebral que engendra el primero?

\* \* \*

Se indigna el señor Dávila de que un liberal suponga en Portales un concepto de la libertad distinto del que definieron Stuart Mill y Spencer. Tendré que repetir una vez más que «Portales» no se escribió para ayudar a una causa política, ni para defender ni condenar tales y cuales ideas. A este respecto es un libro único en la literatura histórica chilena. La misma «Historia General de Chile» descansa en un andamiaje político-ideológico liberal que su autor creía definitivo, fuertemente regulado, es cierto, por el recio sentido común de Barros Arana. *Portales* carece de andamiaje. En él sólo hay una sencilla aprehensión de las ideas y de los sentimientos del pasado. «Las ideas danzan en ronda delante de mí, cada una clara y distinta. Ya se llenó la pieza con los actores», me decía una noche de 1910, entre taza y taza de café, un huésped que leyó algunos capítulos.

Bastaba transportar a Portales mis sentimientos o mis conceptos sobre la tiranía o sobre la libertad para hacer añicos su vigorosa personalidad histórica. Fué lo que le ocurrió a todos mis predecesores, inclusive Vicuña Mackenna, que sin este error habría fijado para siempre el genio en un libro perdurable.

Igual cosa ocurre con el concepto de libertad en Camilo Henríquez y demás próceres de la independencia; en Infante y sus secuaces; en Lastarria y los hombres del 48. Los tres grupos tuvieron conceptos distintos de la libertad, muy deformados con respecto al libro y a la realidad que les influenciaba; y dentro de cada grupo, las variantes individuales son muy acentuadas. Lo que interesa a la historia son las ideas y sentimientos que simbolizaba la palabra libertad para los actores; no lo que simboliza para el historiador.

No sería justo enrostrarle a Barros Arana su incapacidad

para percibir estas diferencias y matices. La percepción chocaba en él, como en el señor Dávila, con el prejuicio de la libertad como concepto fijo. Además, carecía de la facultad de representación de lo espiritual. La misma mano que le agració con la intuición de la verdad material del hecho, le negó el poder de adormecer su yo, de volverse antena y de sentir y de pensar como sintieron y pensaron los hombres del pasado. De aquí que ni siquiera se diera cuenta de que el patriotismo que le animaba empezó a tomar cuerpo en Yungay y sólo se afianzó más tarde, gracias, en gran parte, a él y a los demás historiadores.

Pero es un poco fuerte la pretensión de que, porque un hombre superior nació con una pierna de menos, todos los que nazcan después deban también, amputársela para disimularle el defecto.

Ahora ¿por qué hacer notar que el presentimiento de Portales de que la libertad es algo negativo, ni bueno ni malo, y lo activo son las ideas, los sentimientos, las capacidades, los hábitos, los intereses, las sugerencias y las demás fuerzas que informan el alma de un pueblo, coinciden con el de todos los genios políticos? ¿Por qué decir, si no se es enemigo de la libertad, que medio siglo más tarde el pensamiento mundial se rindió a este concepto? Sencillamente porque con estas anticipaciones está tejido el genio de Portales y porque son ellas las que explican los resultados de su creación. El punto de vista actual pasará, como pasaron los precedentes. No está en la mano de los genios detener la evolución de la vida. Mucho hacen vislumbrando un rayito de luz donde nosotros nada vemos.

\* \* \*

Pero ¿qué necesidad había de afear el libro con sarcasmos sobre la infalibilidad de los postulados políticos y la miopía y las pasiones de los historiadores? ¡Dios sólo sabe cuántas veces el psicólogo restableció lo que el esteta borraba! Es extraño que

crítico tan avezado como el señor Dávila no perciba el dilema que se atravesaba al que intentara esbozar la verdadera figura de Portales. Cuando un estadista pintoresco, que no sobrepasa mucho el nivel corriente, se pasea entre nosotros, es fácil a un Maurois hacer un Disraeli; sólo se necesita un gusto delicado y una buena máquina fotográfica. No es tan fácil hacer un Napoleón y aun un Bismark; por algo se doblaron las piernas de Ludwig. Pero cuando un personaje histórico, amén de ser desconcertante, yace sepultado en el fondo de un hacinamiento de escombros ideológicos, cuyos intersticios rellenan las deyecciones del odio, es imposible imponerlo a la visión de los demás sin remover los escombros y limpiar la figura. Cuando, además, el escenario en que el personaje actuó ha sido adulterado por el concierto de todas las pasiones, nada se avanza con restablecer su imagen. En una historia como la nuestra, escrita al calor de los agravios que recibieron los antepasados, de las ideas políticas y de los sentimientos religiosos y patrióticos del autor, es inútil rehacer los personajes, si antes no se restablece el ambiente exhibiendo el documento echado atrás, quitando el comentario tendencioso y mostrando el aspecto preterido. Todo esto presupone una labor previa ingrata y antiestética, en la cual solo un arma es eficaz: la ironía gruesa, burda, vecina a la sátira, al alcance de todo lector. Cumplida como está ya la tarea previa, puede el artista transformar el trozo de mármol de Carrara que hay en Portales «en una creación de soberbia belleza». Pero, entretanto, fustigue el señor Dávila a los verdaderos culpables, a los que convirtieron la historia en cátedra de sus doctrinas y en válvula de sus odios políticos. Aunque ellos podrían replicarle: «Culpa fué del tiempo y no de nuestra voluntad».

\* \* \*

El libro es ilógico. Pero es un trozo de historia, o sea de vida, y la vida es ilógica. La lógica es una invención subjetiva del

hombre sin ninguna realidad fuera de su mente. Basta introducir en aquella, la lógica, para que la historia muera. Hay un encadenamiento en el suceder, pero nada tiene que ver con la lógica. Es ese encadenamiento, el que el historiador necesita aprehender, en vez de substituirlo por el razonamiento, así sea el razonamiento opaco de un Barros Arana o el razonamiento fulgurante de pedrerías engastadas en filigrana de oro de un Taine.

Encuentra el señor Dávila que Portales aparece, por momentos, gigante, y por momentos pigmeo. Así han sido los grandes genios vistos por dentro.

Ahora ¿por qué no hice lo que Barros Arana? ¿Por qué no reduje en Portales todo lo necesario, por qué no rellené las lagunas y disimulé las excentricidades, imitando lo que hizo el gran historiador con el obispo Cienfuegos y con todos los próceres de la independencia? Nada me habría sido más fácil. Tuve la escuela del gran maestro de este arte.

Olvida el distinguido crítico que don Diego concebía la historia como una lección de moral y de cordura. Por ella debían desfilar cierto número de personajes ejemplares y una comparsa más reducida de réprobos. Todo lo desconcertante debía encuadrarse en lo normal, rebajando lo excesivo, a fin de que la historia resultara digna, sensata y razonable. Y olvida, también, que, por desgracia, la historia no es moral, ni cuerda ni lógica; y que la vida que duerme en ella parece junto con inyectarle la cordura, la moral o la lógica. Al abstenerme de tocar a Portales, me he limitado a cumplir el propósito que me movió a escribir historia. Pasó a las páginas del libro grande, más allá de la grandeza humana, en algunos aspectos, pueril; pequeño y ridículo en otros, porque así fué y no porque yo lo quise. Nada resté a su grandeza, echándome encima el sambenito estético que resulta del contraste entre el genio y el escenario. Tampoco quité nada a sus pequeñeces ni disimulé sus excentricidades. Resultó, así, un personaje sin ponderación, amasado con un cincuenta por ciento de genio.

con un veinticinco por ciento de loco y con un veinticinco de bufón. Así lo produjo la vida y así lo transporté al libro.

En los críticos de la estructura mental del señor Dávila, la obsesión les impide comprender lo que leen. Juzgue por sí mismo el lector.

Enrostrándome los errores del libro, dice el señor Dávila: «los grandes hombres necesitan para producirse y prosperar un ambiente que los incube, envuelva y proteja en el curso de su carrera»; y me acusa de prescindir de ese ambiente. En el ejemplar de *Portales* que tengo a la vista veo cinco capítulos consagrados a explicar el complejo conjunto de factores físicos, raciales, psicológicos y accidentales que hicieron posible la génesis y el desarrollo de la creación portaliana; y que se intitulan: «La anarquía hispanoamericana», «la anarquía chilena», «La revolución de 1829», «Bases sociológicas de la creación política de Portales» y «Factores psicológicos que hicieron posible la realización del régimen político de Portales». Y resumiendo las sugerencias que fluyen de ellos, encuentro a la vuelta de cada página frases como las siguientes: T. I, pág. 229: «La concepción política que Portales esbozó en 1822 y que debía realizar más tarde, habría quedado inédita si las circunstancias no hubieran creado artificialmente un conjunto de estímulos que suplieron las anomalías de su genio». En la pág. 230: «En víspera de Lircay, dando por descontada la victoria y por asentado el gobierno nuevo, hizo alistar sus mulas para irse a Copiapó. Fueron los acontecimientos los que dispusieron otra cosa... La opinión, por su parte, siempre más femenina después de las grandes sacudidas que agotan su energía, sólo se sentía segura bajo la sugestión de confianza que irradiaba de su decisión y de su valor, y se le ofreció rendida sin inquirirle a dónde la llevaba. La energía creadora, adormecida por falta de estímulos, estalló al contacto de esta sollicitación». En el T. II, pág. 357 y 358, leo: «En este sentido figurado se habla de creación portaliana. Sin Portales, las posibilidades políticas que encerraba el elemento



castellano-vasco habrían desaparecido sin dejar nada tras de sí; pero sin ellas, el genio de aquél se habría disuelto también incumplido. La expresión no debe, pues, sugerir la idea de que el genio de Portales creó motu proprio un alma nacional y un gobierno en forma. Ambos fenómenos fueron la resultante de una sugestión creadora que, si necesitaba genio como elemento masculino, necesitaba también virtudes raciales como elementos femenino. No se trata, en consecuencia, de un fenómeno que pueda producirse a voluntad, ni repetirse idéntico. Años antes o años más tarde Portales nada habría podido crear. Suprimase en los espíritus escogidos del elemento castellano-vasco la capacidad de exaltación político-religiosa o suprimase el asesinato del Barón o las personas de Prieto, de Bulnes o de Montt, y la historia de Chile sería otra».

«El gobierno chileno de 1830 a 1891 no fué, pues, la resultante de una fórmula inventada por un genio, sino de un conjunto de ideas, fuerzas que una sugestión potente y tenaz hizo germinar en una aristocracia gobernante, incapaz de realizar por sí sola semejante gobierno, pero capaz de recibir la sugestión y de realizarlo bajo su influencia».

\* \* \*

Más adelante me hace decir que Portales lo creó todo sin cooperador. Entretanto, veo en el tomo I un párrafo que se intitula «Los complementos del genio», en el cual desfilan, no ya los cooperadores, sino las personalidades que suplieron las grandes fallas del genio político de Portales. Lo abro y leo: «Sin Portales, Prieto ni siquiera llega a Ochagavía; pero sin Prieto, Chile habría corrido la misma suerte que las demás naciones americanas...». Su personalidad propia de un valer superior (la de Garrido) integró el genio de Portales, supliendo fallas que Prieto no podía salvar». Y refiriéndome a don Joaquín Tocornal, «la

personalidad política chilena de mayor valer en la mitad del siglo XIX», digo: «su labor política consistió en redondear los cantos y limar las asperezas de la creación portaliana sin desvirtuar su contenido moral y cívico, y en proteger políticamente su infancia». A continuación desfilan Bello y Egaña, y en el segundo tomo hay un párrafo consagrado casi exclusivamente a Rengifo. En la página 187 del primer tomo leo: «Todo lo esboza con gran firmeza, a grandes rasgos, dejando a otros la tarea de completar los detalles».

El señor Dávila ha visto destacarse la figura de Portales con un relieve que le parece excesivo. El paralogismo se explicaría en un neófito. En un escritor avezado resulta incomprendible. ¿Cómo no ve que no se trata de la historia misma? ¿Cómo no se da cuenta de que es una introducción escrita con el doble propósito de remover los escombros fuera de la historia y de separar de ésta el proceso de la transfiguración de Portales en una fuerza espiritual y en una tradición? Habría sido un error encerrar en la historia de la administración Prieto, un fenómeno que se cierne sobre toda la época 1830-1891. El fenómeno se habría comido a la historia o la historia al fenómeno. Fué lo que le ocurrió a Sotomayor Valdés; y es lo que le habría sucedido a Barros Arana, si muy sagazmente no se hubiera saltado un período que nunca pudo comprender, a causa de la energía de las fuerzas espirituales que actuaron en él. Había una sola manera de sortear el escollo: sacar de la historia el genio creador y devolverlo después como una fuerza, como una tradición que actúa en el devenir de toda la época.

\* \* \*

Me supone, también, el señor Dávila teorías raciales que no aparecen en *Portales* y que jamás he profesado. Siempre he creído que la raza, o sea la composición étnica de un pueblo, deter-

mina en gran parte su manera de pensar y de sentir y condiciona el suceder; mas, no creo que pueda encerrarse en una fórmula general su influencia en relación con los demás factores sociológicos. Así, en un pueblo primitivo las fuerzas espirituales apenas cuentan. En medios físicos como la India o el Altiplano boliviano, la influencia de los factores físicos es poderosa. La misma raza está sujeta a una perpetua transformación, y con frecuencia, a cambios bruscos.

La constitución étnica del pueblo chileno, por ejemplo, se agrupa históricamente en tres combinaciones de psicologías diferentes, que la sugestión portaliana mantuvo unidas por el vínculo de las influencias espirituales de que habla Latzarus: el castellano-vasco, que gobernó entre 1830 y 1920; el español meridional, que tomó el poder en esta última fecha en una violenta arremetida contra el primero; y el pueblo con una proporción apreciable de sangre araucana. Estos tres elementos tienen un fondo común godo, sin el cual las influencias espirituales nada habrían podido. Reducir la historia al juego de estos elementos étnicos sería estrechez mental. Para convencerse de ello basta leer el capítulo final de *Portales*. Mas, el que prescindiera de la constitución étnica del pueblo chileno, jamás entenderá nada de lo que suceda en Chile.

Este es un hecho; no es una teoría. Ningún pensador que se haya encarnado en la historia puede discutirlo, a menos de haber llegado al grado de deformación mental de un Latzarus o de un Finot.

Me doy cuenta de que las intuiciones sobre nuestra evolución histórica que desarrollo en *Portales*, rebalsan en algunos aspectos los conocimientos de un literato, por erudito que sea; y que sólo puede entenderlas a fondo quien las haya meditado con espíritu libre de la esclavitud libresca. Pero un crítico no tiene obligación de hablar de lo que no sabe, menos aun un crítico como el señor Dávila, que juzgó tan admirablemente el aspecto estético de la obra. ¿A qué se metió en honduras filosó-

ficas y sociológicas que rebasan sus disposiciones? ¿Cómo deja a la intelectualidad chilena al radicar en Protágoras el problema de la relatividad del conocimiento, que es un corolario de la concepción copernicana del cosmos que Kant vislumbró, sin lograr desenvolverla, porque no lo permitía el desarrollo mental de su tiempo? ¿En qué le ha ofendido el prudente antropólogo, señor Latcham, para ridiculizarlo, haciéndole decir, con una cita mal traída, que es indiferente para Inglaterra estar poblada por 60 millones de negros o por 60 millones de ingleses? ¿Qué agravio tiene con Fouillée para atribuirle, mediante otra cita mal entendida, la afirmación de que la raza no cuenta en la historia? «Se puede,—dice el filósofo francés—pues, admitir que la raza o la mezcla de las razas *condiciona* el desarrollo social de un pueblo; es decir, le asigna cierto campo más o menos extenso, con límites más o menos estrictos; pero es falso que la razón *determine* este desarrollo. Ocurre con la constitución étnica de un pueblo, lo que con la constitución fisiológica y cerebral del individuo. Cada hombre nace con facultades intelectuales mayores o menores; si es poco inteligente, ningún trabajo lo hará capaz de pasar de ciertos límites que le asigna su naturaleza propia. De igual modo, si un individuo pertenece a una raza humana manifiestamente inferior o degenerada, será todavía susceptible de cierta educación; pero la conformación nativa de su cerebro le prohibirá todo desarrollo que exceda de ciertos límites» (1).

Comprendo que un literato confunda el problema de la raza en cuanto a factor de la historia con las disputas sobre las relaciones entre la capacidad mental y la forma del cráneo y con las hipótesis sobre la superioridad o la inferioridad perpetuas de ciertas razas. No comprendo el afán de estropear una labor literaria que representa uno de los mejores esfuerzos en nuestro joven ambiente intelectual. «Serás lo que debes ser, y sino no serás nada». Por desgracia, el español y sus descendientes des-

---

(1) *Esbozos psico'ógicos de los pueblos europeos*, p. 18.

deñan con demasiada frecuencia lo que son impulsados por el deseo de ser lo que no son.

No continuo con las incomprensiones. Son tan numerosas como las páginas que el señor Dávila consagró a *Portales*; y reuniéndolas, llenaría un volumen.